

DE AYER A HOY

CÓMO SE ENSEÑA Y CÓMO SE APRENDE FUERA DE SAN CARLOS

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

MADRID

DESDE siempre ha existido entre los prestigiosos médicos que en Madrid disponían de un nutrido o frecuentado servicio hospitalario un natural afán de enseñar, formando escuela, ya que se consideraba que no era condición precisa para enseñar el pertenecer precisamente a esa especie zoológica que se llaman catedráticos por oposición, para poder enseñar cualquier especialidad, siempre que el que lo pretendiese gozara de la preparación científica necesaria y del material de enseñanza indispensable, que son los enfermos, para que los que quisieran aprender pudieran lograrlo sin necesidad de pasar inexorablemente por las aulas de San Carlos, que—dicho sea, y en honor a la verdad, con todos los respetos y consideraciones, y mucho menos sin señalar a nadie—no estaban siempre en manos de los mejores maestros.

Y esto daba lugar a que en diversos hospitales se organizaran cursos y cursillos a los que podían asistir cuantos tenían gusto en ello. Esta situación, de hecho, nos decidió a dar a conocer, hace años, en *La Medicina Ibero*, una serie de reportajes dando cuenta de los métodos de enseñanza que se aplicaban fuera de San Carlos. Y uno de ellos, publicado precisamente el 24 de abril de 1919, hace casi treinta y cuatro años, se refería a la manera de enseñar del profesor Sáinz de Aja, eminente dermatólogo que hoy ocupa el decanato de la prestigiosa Beneficencia Provincial de Madrid, es el que nos va a servir para este trabajo periodístico en dos tiempos, que hoy brindo al amable lector.

Decíamos ayer:

A las nueve de la mañana de un día violentamente ventoso subí al tranvía de Pardiñas con ánimo de asistir a una de las lecciones que el doctor Sáinz de Aja había de explicar a los médicos alumnos inscritos en el cursillo de venéreo y sífilis, dado recientemente en colaboración con el doctor Cifuentes.

Desde la parada del tranvía hasta el Hospital hay un trecho bastante largo casi sin urbanizar. Los días anteriores había llovido copiosamente y el fango lo cubría todo. Bien pronto cubría también mis zapatos, y luego el pantalón, y ya estaba temiendo por el pobrecito gabán y hasta por las gafas, cuando llegué a la entrada del Hospital. Un conserje me salió al paso, diciéndome:

—¿Es usted de la Facultad?

—Soy médico. Vengo a ver al doctor Sáinz de Aja.

—Entonces, puede usted pasar. Pero es que hay una orden de que no pasen por esta puerta los no facultativos.

—¿Quiere usted decirme en dónde encuentro yo ahora a don Enrique?

—En la consulta. En aquel tercer pabellón, a mano derecha. Acaso no haya salido todavía de las enfermerías; pero no tardará en llegar.

Y dando las gracias, eché camino adelante por esos característicos túneles de cinc que corren por entre los pabellones del Hospital.

En la consulta me encontré con el doctor Fernández de la Portilla, chico «empollón», amable y tal, que al verme entrar vino a saludarme.

—¿Usted por aquí, doctor Zhito?

—Sí, amigo. Aquí me tiene usted, en busca del doctor Sáinz de Aja.

—Pues no ha venido todavía. Está explicando a los alumnos del cursillo.

—Pues eso es lo que yo quiero ver, oír, gustar, saber y contar a mis lectores de *La Medicina Ibero*.

—¡Ah!, pues le acompaño a usted con mucho gusto, con tal de que luego, en la crónica...

—Sí, ya lo sé, hombre. ¡No faltaba más!

El cuarto—no merece el nombre ni de salón—en donde el doctor Sáinz de Aja explica tiene varios bancos y sillas, y sentados en ellos están los médicos alumnos. Todos visten la blusa blanca, y algunos, como don Enrique, llevan «sur la boule» un gorrito muy cuco adornado con un vivo amarillo, a manera de galón jerárquico.

Cuando llegué, Sáinz de Aja hablaba de la medicación antisifilítica dada al niño en la lactancia a través de la madre.

¿Que cómo habla Sáinz de Aja? ¡Pero, hombre, si eso lo sabe todo el mundo! Porque todo el mundo médico le ha oído en Academias, Corporaciones, Congresos, Asambleas, etc.

Tampoco, por tanto, se considera obligado el cronista a describir físicamente a don Enrique Alvarez Sáinz de Aja; pero es que entonces la crónica no iba a poder pasar de una cróniquilla, y, verdaderamente, eso no me conviene, sobre todo ahora, que con estos artículos casi me voy haciendo un «nombre-zhito».

Vamos a poner que don Enrique tiene treinta años, año más, año menos. Vamos a decir que a esa edad todavía no ha perdido la cabellera, y menos todavía cuando se trata de un especialista en enfermedades de la piel, como el señor Sáinz de Aja, que, claro es, ha de tener especial cuidado con lo que afecta a su cuero cabelludo. Yo no tengo razón bastante sólida para decir que este joven dermatólogo sea un coitadño, como dirán en la patria de Concepción Arenal, y eso de que no estoy muy seguro de que Concepción Arenal fuera gallega; pero a mí se me antoja que Sáinz de Aja es talmente un coitadño (perdonad la palabra). Cuando habla no lo hace con energía, sino dulcemente, afectuosamente, cariñosamente. En sus labios hay estereotipada siempre una amable sonrisa. Esto de la amable sonrisa me parece que ya lo dije



EL DOCTOR SÁINZ DE AJA.
EN 1906.

al hablar de otro maestro; pero es que acaso en ninguna otra circunstancia como en ésta se podrá decir aquello de que Dios los crea y ellos se juntan. Sáinz de Aja no es alto ni es bajo; no es flaco ni es grueso; tiene también, sobre el labio superior, un britanizado y minúsculo bigotillo.

Después de oírle hablar durante un breve rato, se ha dado por terminada la clase teórica, para dar comienzo, con el vasto caudal de enfermos que acuden a San Juan de Dios, a la clase práctica, que es la quinta esencia de estos cursillos.

Con el enfermo delante, Sáinz de Aja ha ido describiendo las lesiones que padece, ha sabido sacar todo el partido posible de cualquier circunstancia que pudiera aclarar el concepto a la vista de los médicos alumnos que le escuchaban con una simpática y especial camaradería.

Uno de estos médicos, que ya asiste durante mucho tiempo a la consulta de Sáinz de Aja, es Pepitín. ¿Ustedes no saben quién es Pepitín? Pues Pepitín es un chico «bien», con cadenita de oro en la muñeca y tal, que dedica sus actividades todas al estudio de esta especialidad. Pepitín era interno del Hospital de la Princesa. Allí hizo con el autor de esta crónica más de una guardia, y allí, por lo revoltoso y lo infantil, le llamábamos Pepirín. Hoy se llama el doctor José Barrio de Medina.

Al final de la consulta comenzó la tanda de inyecciones del 606 y 914. Todos los alumnos del cursillo saben poner una inyección intravenosa de estos compuestos con la misma facilidad con que sabrían trasegar un bock de cerveza. Como los mejores especialistas, pueden alguna vez pasar la luz de la vena; pero ellos saben perfectamente comprobar ese importante extremo de la inyección, porque para ello les enseñó prácticamente el maestro camarada doctor Sáinz de Aja.

A la salida del Hospital ha comenzado a lloviznar. ¡Esto sólo nos faltaba! Precisamente cuando yo iba meditando acerca del entusiasmo que es preciso tener para acudir a diario al lejano Hospital, las nubes iban a demostrarme también prácticamente uno de los capítulos más interesantes de la visita.

En el tranvía se iban haciendo cálculos y concretando detalles para reunirse a cenar aquella misma noche en el Casino de Madrid. Fui amablemente invitado; pero no pude aceptar porque aquella noche el cronista tenía que asistir a una conferencia que un profesor francés daba en el Colegio de Médicos.

* * *

Y hoy, en noviembre de 1953, «pegamos la hebra» y nos ponemos al habla con el doctor Sáinz de Aja, en su despacho del Hospital Provincial. Le acompaña esa especie de hombre primitivo que es nuestro condiscípulo el doctor don Eugenio Díaz Gómez, verdadero «pionero» de la cirugía endocraneana, al que retratamos, como puede verse, junto al bueno de don Enrique, al que encontramos casi poco más o menos que como hace treinta y cuatro años. No ha logrado esa elemental curva de la felicidad que acompaña casi siempre



UN RECIENTE RETRATO DEL DOCTOR D. ENRIQUE ÁLVAREZ SÁINZ DE AJA, OBTENIDO POR KAULAK.

a los que pisan los umbrales de la Geriátría, sino que se mantiene esbelto, magro y con una cabellera envidiable, blanca como la nieve, eso sí, pero abundante y rizada como siempre fué. De la misma manera, su voz es sonora, limpia, varonil, y segura su palabra, diciendo siempre lo que quiere decir, aun cuando a veces, como en ese banquete celebrado ayer, en el Hotel Ritz, para festejar el brillante resultado del curso—fuera de San Carlos—sobre medicina



LOS DOCTORES SÁINZ DE AJA Y DÍAZ GÓMEZ POSAN ANTE
NUESTRA «RETINA»

y cirugía del aparato digestivo, organizado con tanto éxito por los doctores Jiménez Díaz, González Bueno y Mogená, llegue a emocionarse profundamente, como sólo acontece cuando habla un párvulo o un anciano; el primero, porque no ha llegado aún, y el segundo, porque ha pasado de la cumbre y de la fama.

Alentados por la cordialidad de don Enrique, que ha sentido una evidente satisfacción cuando le hemos leído las anteriores cuartillas publicadas en *La Medicina Ibero*, le hemos formulado algunas preguntas, que no son más que las de ritual en tales casos:

—¿Cuáles son los centros de la Beneficencia Provincial que dependen del decanato que usted ostenta?

—Nada más y nada menos que los siguientes: Hospital Provincial, Hospital de San Juan de Dios, Inclusa y Colegio de la Paz, Colegio de San Fernando y Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes.

—¿Cuáles son los servicios clínicos que funcionan en este Hospital?

—El de Medicina del Aparato Digestivo, cuyo jefe es el doctor don Luis Castillo Sánchez, que ostenta el cargo de director facultativo del establecimiento; el de Oftalmología, que regenta el profesor don José Aguilar Muñoz; los servicios de Laboratorio, que se encuentran bajo la jefatura del doctor don Agustín Aznar Gener; Cirugía torácica, que dirige el doctor don Miguel Benzo y González-Novelles; Neurocirugía, que está bajo la jefatura de nuestro ami-

go, aquí presente, el doctor don Eugenio Díaz Gómez; Radiología, que dirige el doctor don Antonio Crespo Hernández Martínez; Medicina General, bajo la dirección del profesor don Fernando Enríquez de Salamanca y Danvila; Cirugía y Ortopedia Infantil, que está a cargo del profesor don Alfonso de la Fuente Chaos; Cirugía General, que dirige el doctor don Luis Jiménez Guinea, más conocido por «el médico de los toreros», don Armando Muñoz



EL PROFESOR SÁINZ DE AJA, ENTRE EL MARQUÉS DE LA VALDÁVIA Y EL DOCTOR MOGENA, ESCUCHA LA MAGISTRAL LECCIÓN EXPLICADA POR EL PROFESOR JIMÉNEZ DÍAZ, EN EL ACTO INAUGURAL DEL VI CURSO DE MEDICINA Y CIRUGÍA DEL APARATO DIGESTIVO.

Calero y don Tomás Rodríguez de Mata; Cirugía del Aparato Digestivo, que está a cargo del profesor don Carlos González Bueno; Cirugía de Urgencia y Traumatología, que dirige el doctor don Luis González Vicén; el de Medicina General, a cargo de don Carlos Jiménez Díaz, don Eusebio Oliver Pascual y don Enrique de la Vega y Vaca; Pulmón y Corazón, que tiene bajo su dirección el doctor don Baudilio López Durán; Neuropsiquiatría, que dirigen el doctor don Gonzalo Rodríguez Lafora y el doctor don Juan José López Ibor; Endocrinología y Nutrición, del profesor don Gregorio Marañón; Urología, que tiene a su cargo el doctor don Enrique Pérez Castro; el de Anatomía Patológica, del doctor don Manuel Pérez Lista; el de Traumatología, Huesos y Articulaciones, del doctor don Vicente Sanchis Olmos; de Tisiología, del doctor don José Zapatero Domínguez; el de Otorrinolaringología, del profesor don Antonio Martín Calderín, y el de Radiofisioterapia, que desempeña el doctor don Manuel Ruiz Rivas.

—¿Qué cree usted que podría hacerse para mejorar y ampliar estos servicios?

—Es preciso crear los servicios de Neurología y Geriátrica; pero más que ampliaciones son necesarias mejoras.

—¿Cuáles son las funciones propias de su decanato?

—Puramente de carácter técnico.

—¿Cuál cree usted que ha sido el decano que ha dejado más profunda huella de su paso por el Hospital?

—Como verdadero decano, don Enrique de Isla y Bolomburu. Los demás fueron casi aves de paso, con actuación muy corta, y no tuvieron tiempo para hacer más. Como reformador del Hospital, sin ser decano todavía, considero un justo deber citar al doctor don Armando Muñoz Calero.

—¿Y cuál sería la aspiración de usted para que se le recordase siempre como un buen decano?

—La de que se normalicen los abastecimientos de antibióticos; modernización de las instalaciones de röntgendiagnóstico y terapia; ampliación del servicio de Dementes y de Neurología; aumento de anesthesiólogos, creados durante mi etapa de decano, así como los recientes servicios de transfusión de sangre, a cargo del doctor Rivera Bandrés; banco de ojos y de huesos, todos ellos creados en esta mi época de decano. Mi aspiración mayor ha sido y es dirigir los servicios y el personal, sin que se advierta la jefatura, habiendo conseguido no tener que recurrir a sanciones ni castigos de ninguna clase.

—¡Que es un verdadero triunfo! ¿No?

—¡Ya lo creo que es un éxito!--añade Díaz Gómez.